

SAN LEÓN, PAPA, LLAMADO EL MAGNO

Día 11 de abril

P. Juan Croisset, S.J.

San León, más grande aún por su eminente santidad y por todas las heroicas virtudes de que le adornó el Cielo que por las grandes cosas que hizo en beneficio de la Iglesia y le merecieron, con justicia, el epíteto de Magno, nació al mundo hacia el fin del siglo IV, siendo emperador el gran Teodosio. Fue romano de nacimiento, hijo de Quinciano, originario de Toscana; y, así por la delicadeza de su ingenio, como por su cortesana educación y urbanísimo carácter, se cree que fue de familia distinguida. Crióse en el Seminario del clero romano, donde era costumbre en aquel tiempo criarse la juventud que se destinaba al estado eclesiástico, formándola en la virtud, no menos que en las ciencias. Desde luego se señaló entre todos los demás por la solidez y por la viveza de su ingenio, igualmente que por el candor y pureza de sus costumbres; tanto, que en poco tiempo fue ejemplo y aun admiración de todo el clero. Conócese bien, por las obras de su mano que han llegado hasta nosotros, lo mucho que adelantó en las bellas letras, pero sobre todo en el estudio de los cánones y costumbres de la Iglesia. Como le destinaba Dios, dice un Concilio, para triunfar del error y para sujetar á la fe á tantos enemigos suyos, le previno con tiempo, adornándole con las armas de la ciencia y de la verdad.

Siendo todavía acólito fue escogido para llevar á los obispos de África las letras apostólicas del papa Zósimo, en que condenaba á los heresiarcas Pelagio y Celestino, con cuya ocasión trató á San Agustín y contrajo estrecha

amistad con él. De vuelta de este viaje fue ordenado de diácono de la Iglesia romana; y el papa San Celestino, conociendo la sublime elevación de su genio, su elocuencia, su virtud y su gran capacidad, le hizo su secretario; empleo en que dio á conocer la rara extensión de sus talentos, dilatando su fama hasta las provincias más remotas de la Iglesia. A él, como á primer ministro de la Santa Sede, acudió San Cirilo, patriarca de Alejandría, para informar al Papa por su medio de los ambiciosos pasos de Juvenal, patriarca de Jerusalén; pudiéndose decir que sobre los hombros del diácono León descansaba todo el peso de los negocios más importantes de la Iglesia universal. Con ocasión de la herejía del impiísimo Nestorio, la tuvo nuestro Santo de mostrar su ardiente celo por la Persona adorable de Jesucristo y por la honra de su Santísima Madre. Obra suya fue la principal parte de lo mucho que trabajó el papa Celestino en este gran negocio, y suyas fueron las cartas que escribió el Papa á San Cirilo y á los Padres del Concilio general efesino. No contento con esto, exhortó León y persuadió á su especial amigo Casiano que escribiese de la Encarnación del Verbo contra la impiedad de Nestorio.

Habiendo sucedido en la Silla de San Pedro á San Celestino el papa Sixto III el año de 432, se halló San León en estado de hacer más importantes servicios á la Iglesia, por la entera confianza que debió al nuevo Pontífice, cuya inocencia vindicó valerosa y ardientemente en presencia del emperador Valentiniano III, al mismo tiempo que con su vigilancia, sagacidad y penetración descubría **los malignos artificios de Julián, obispo de Eclama, principal apoyo y protector de los pelagianos.** Sucedió por este tiempo aquella fatal división entre Aecio y Alvino, generales del ejército romano en las Galias, que amenazaba lastimosa ruina al imperio y á la Iglesia con la inundación de bárbaros, si

San León, enviado por el Papa Sixto, no la hubiera remediado. Su prudencia, su calma y su destreza ganó de tal manera el corazón de aquellos dos generales, que, terminadas amigablemente sus diferencias, volvió á unir los ánimos de entrambos, haciendo que atendiesen acordes á los intereses de la religión y del estado, y les persuadió á que empleasen todas sus fuerzas contra los enemigos de la Iglesia y del imperio.

Mientras se empleaba León en esta importante legacía, murió en Roma el papa Sixto, dejando expuesta la Iglesia á terribles embarazos por el furor de los herejes, que se multiplicaban cada día; por la crueldad de los bárbaros, que iban penetrando todas las provincias del imperio, y por la relajación de sus mismos hijos, cuyas costumbres eran poco correspondientes á la religión que profesaban. No se hallaba otro que fuese capaz de remediar tantos males sino nuestro León; y así, aunque estaba ausente, fue elegido por Papa, con unánime consentimiento y con aplauso universal, el día 28 de Julio del año 440. En vano se resistió, gimió, lloró, suplicó, solicitó, dilató su vuelta á Roma; vióse, en fin, precisado á obedecer. Ningún emperador entró jamás en la cabeza del mundo con tantas aclamaciones. Fue consagrado el domingo 8 de Septiembre, seis semanas después de su elección, y en el sermón que predicó este mismo día al pueblo romano, acreditó que hasta entonces no había concedido el Señor á la Silla Apostólica más digno ni más benemérito sucesor de su primer Vicario San Pedro.

Instruido perfectamente del estado de la Iglesia, empleó toda su aplicación en el remedio de sus necesidades. Parecióle que debía dar principio por la reforma del clero romano, cuyas relajadas costumbres tenían mucha necesidad de ella, y cuyo ejemplo debía servir de modelo á todo el clero de la Cristiandad. No

contento con excitarle á la virtud con sus ejemplos, le exhortaba continuamente con sus palabras, pasándose pocos días sin que predicase al pueblo; y, correspondiendo el fruto á su apostólico celo, en breve tiempo se vio mudado el semblante de la ciudad de Roma. Y, considerándose padre común de todos los fieles, hacía en las demás partes el mismo fruto con sus cartas que en Roma con sus sermones; de manera que no había ángulo en toda la Iglesia universal tan retirado ó tan escondido adonde no llegasen los efectos de su solicitud pastoral. Desde los primeros años de su glorioso pontificado restauró en todas partes la disciplina eclesiástica; dio reglas á los fieles para gobernarse, propias y oportunas para todo género de estados y de condiciones, é hizo florecer la primitiva piedad cristiana con muy brillante esplendor en todo el mundo.

Nunca tuvo la Iglesia tantos enemigos juntos que combatir, y nunca logró tan gloriosas victorias de todos ellos, por la vigilancia, por la magnanimidad y por el celo prudente, activo y divinamente iluminado del Santísimo Pontífice. Los maniqueos, huyendo de la dominación de los vándalos en África, habían venido á Italia á inficionarla con sus errores y con sus disoluciones; al tercer año de su pontificado exterminó León esta infame secta, desterrándola, no solamente de Italia, sino de todo el mundo cristiano. Conociendo bien todo el pestilencial veneno del pelagianismo, se aplicó con el mayor ardor á libertar la Iglesia de Dios de esta ponzoña, y mandó venir á Roma á San Próspero de Aquitania, para que, estando cerca de su persona, le ayudase mejor á combatir contra estos herejes, á quienes los prósperos sucesos habían hecho insolentes, y el número los hacía formidables. Escribió epístolas, compuso libros, celebró Concilios, les hizo una mortal guerra, y, en fin, tuvo el consuelo de ver triunfar la verdad católica de aquel pernicioso error. **Fue condenado y privado de su Silla episcopal, como hereje,**

el obstinado Juliano, cabeza de aquel partido, y murió desgraciadamente en país, remoto y extraño. Los presbíteros de Marsella, ó los semipelagianos, encontraron siempre en el pontífice León un invencible defensor de la doctrina de la Iglesia; y aunque era tan amigo de Casiano, como lo era mucho más de la verdad, hizo que San Próspero escribiese contra una de sus Conferencias, que era la décimatercera; y el mismo León escribió á los presbíteros de la Provenza, no perdonando diligencia alguna para borrar de la memoria de los mortales hasta el nombre de los pelagianos.

Renovóse en España la herejía de los priscilianistas; y apenas llegó el aviso al gran León, cuando refutó muy de propósito y con el mayor nervio todos los principales puntos de aquella secta en las varias epístolas que dirigió á los prelados españoles sobre este asunto. Ordenó á los metropolitanos que convocasen Concilios provinciales para exterminar este monstruo, y logró verle aniquilado casi al mismo tiempo que aparecido.

Como el Señor le había escogido para que hiciese triunfar la fe en todo el Universo, permitió que en su tiempo se levantasen contra la Iglesia los mayores monstruos y los más peligrosos enemigos. Eutiques, abad de un monasterio de Constantinopla, aprovechándose del público horror con que se miraba la impiedad blasfema de Nestorio, se precipitó en el extremo contrario, confundiendo en Cristo las dos naturalezas. Procuró sofocar este monstruo en la misma cuna San Flaviano, patriarca de Constantinopla, condenando en un Concilio esta detestable herejía, juntamente con su autor; pero Eutiques no se sujetó á su decisión. Valiéndose de aquellas artes y enredos que son tan propios en todos los heresiarcas, él mismo se anticipó y escribió á San León que, habiendo vuelto á levantar cabeza el nestorianismo, él había salido denodadamente á combatir el error, pero

con tan poca fortuna, que había tenido la desgracia de ser condenado por un conciliábulo de nestorianos, de cuya sentencia apelaba á la de la Santa Sede. Era, sin duda, cauteloso el artificio; pero el pontífice no era menos sagaz y prudente para dejarse fácilmente preocupar. Despachó luego sus legados y escribió á Flaviano aquella admirable epístola sobre la Encarnación del Verbo, que después sirvió de regla á los Padres del Concilio de Calcedonia para explicar este divino misterio, no perdonando á medio alguno para conseguir que triunfase la verdad.

Informado ya plenamente de las perniciosas opiniones de Eutiques, de la pureza de la fe de San Flaviano y de todo cuanto había pasado en el que se llamó después y se llama el día de hoy *el latrocinio público de Efeso*, no se pueden explicar los desvelos, los cuidados, los pasos y los medios que aplicó el solícito Pontífice para extinguir este incendio. Convocó un Concilio en Roma, escribió á los emperadores Teodosio y Valentiniano, á las emperatrices Placidia y Eudoxia para interesarlos en la causa de la religión; y, muerto ya el emperador Teodosio, se aprovechó de la piedad de la emperatriz Santa Pulquería y del emperador Marciano para que se juntase el célebre Concilio general calcedonense, en que el mismo santo papa presidió por medio de sus legados, donde la verdad triunfó del error. Eutiques fue condenado, y se concluyó el Concilio con las solemnes gracias y públicas aclamaciones que se tributaron *al muy grande y santísimo pontífice León*.

Mientras la fe triunfaba en el Oriente por el infatigable celo del "vigilantísimo pontífice, gemía en el Occidente la Iglesia por la irrupción impetuosa de los bárbaros: Atila, rey de los hunos, superada la Panonia, había penetrado con un formidable ejército hasta las provincias más interiores del imperio, arrasándolas

campiñas, quemando las iglesias y entrando á sangre y fuego en todas las poblaciones. Aquileya, Pavía y Milán habían experimentado ya el bárbaro furor del fiero conquistador, que él mismo se apellidaba *el azote de Dios*, haciendo vanidad de este renombre; y toda la Italia era ya presa infeliz de este tirano, que, no encontrando quien hiciese resistencia al arrebatado torbellino de sus armas, pasado el Pau, iba á conquistar todo el imperio romano, apoderándose de su casi desarmada capital. En tan lastimosa consternación acudió toda Roma á su amantísimo pastor, y, llena de confianza en el gran poder que su eminente santidad le daba con el Señor, le pidió, le rogó, le conjuró con los gritos, con los llantos y con las lamentaciones de todo el pueblo, que él sólo saliese á servir de dique al torrente impetuoso de los bárbaros.

Movido León de las lágrimas y de los clamores de su pueblo, y poniendo toda su confianza en aquel Señor que tiene en sus manos los corazones de los reyes, se encargó de tan dificultosa como arriesgada comisión. Hallábase Atila, al frente de su ejército, sobre las riberas del Mincio, en las cercanías de Mantua. Púsose León en su presencia y le habló con tanta valentía, con tanta majestad, y al mismo tiempo con tan dulcísima elocuencia, que aquel bárbaro rey, azote de Dios y terror de todo el género humano, olvidado de su fiereza, se humilló delante del siervo de Dios, y, ajustada la paz, retrocedió por donde había venido, volviendo á repasar el caudaloso Danubio. Reconoció todo el Universo esta maravilla, y León rindió al Dios de los ejércitos toda la gloria. Pero, aprovechándose de ocasión tan oportuna, apenas regresó á Roma, cuando hizo se rindiesen al Señor solemnes gracias con públicas procesiones; desterró todos los espectáculos profanos; reformó las costumbres en todos los estados; renovó la piedad; resucitó la devoción del pueblo con la Reina de los santos y con las reliquias de los mártires, á cuya intercesión

atribuía la libertad milagrosa de la afligida ciudad. Apenas comenzaba á respirar el santo Papa, libre de sus congojosos sobresaltos, cuando tuvo noticia de las nuevas inquietudes que causaba en la Iglesia el orgullo de Anatolio, patriarca de Constantinopla, por el empeño en que había insistido, después del Concilio calcedonense, de mantener los privilegios que pretendía competir á su Silla patriarcal, defendiendo deber ser la primada de todo el Oriente. Opúsose valerosamente nuestro León á la usurpación de esta primacía, por lo que, irritado Anatolio, no perdonó medio, diligencia y artificio para indisponer contra él el ánimo del Emperador, y, previendo el prudentísimo Pontífice las malas consecuencias que podían resultar de estos mal intencionados oficios del Patriarca, nombró á Juliano, obispo de Cos, para que residiese cerca de la persona del Emperador en calidad de apocrisario ó nuncio suyo; costumbre que observó después la Silla Apostólica en las cortes de los mayores príncipes. Escribió el Papa al Emperador y á la Emperatriz, los cuales hicieron fuertes y repetidas instancias en favor de Anatolio; pero el Santo se mantuvo siempre inflexible, y el Emperador se rindió presto á la eficacia de sus razones.

Siempre infatigable, siempre atento y vigilante siempre á las necesidades de la Iglesia, escribió á los monjes de Palestina sobre los artículos de fe decididos ya en los cuatro Concilios ecuménicos; dispuso una regla ó ciclo pascual dispensando á los latinos de recurrir á los griegos ni á los orientales para la celebración de la Pascua; reformó ó restituyó la disciplina eclesiástica en la mayor parte de las iglesias de Occidente; escribió á Doro, obispo de Benevento; a Teodoro, obispo de Frejuí, y otra tercera epístola á todos los obispos de Campania y de las dos provincias vecinas. Y como todas estas epístolas están llenas de instrucciones prácticas tocante á la disciplina eclesiástica y á la administración de los

Sacramentos, se incluyeron en el cuerpo del derecho canónico con el nombre de *Decretales*.

Queriendo la emperatriz Eudoxia vengar la muerte del emperador Valentiniano, su marido, y hacer que el tirano Máximo se arrepintiese de sus crueldades y violencias, el año 455 llamó á Italia á Gensérico, rey de los vándalos, el cual entró en Roma sin resistencia, y por espacio de catorce días permitió el saqueo de la ciudad á las tropas. A ruegos y lágrimas del santo pontífice León mandó el bárbaro rey que no se quemase la ciudad, que se perdonase la sangre de los ciudadanos, y que fuesen privilegiadas del saqueo las iglesias principales. En medio de eso, fue lamentable la desolación. Procuró el santo Pastor que su rebaño se aprovechase de ella: hizo reconocer á los romanos que su ingratitude para con Dios era la causa de sus calamidades y desdichas, naciendo éstas del poco aprecio que habían hecho de sus consejos, de su profanidad, del licencioso desorden de sus costumbres y de su obstinada impenitencia.

Llevó consigo Gensericó un número prodigioso de cautivos, y, como se había apoderado de las riquezas de Roma, los privó al mismo tiempo de los medios que podían tener para su rescate. Los consoló el Santo Pontífice con sus cartas, y procuró socorrerlos también con sus limosnas, fortificándolos tan firmemente en la fe, que de cautivos, al parecer, desgraciados los convirtió en dichosísimos y celosísimos misioneros de la religión, á la cual redujeron tanto numero de bárbaros, que San León se vio precisado á enviar pastores para gobernar aquel rebaño, que había aumentado considerablemente en el de Jesucristo. Los esfuerzos de su vigilancia y de su celo le daban tantos alientos, que le hacían infatigable en los trabajos. Apenas se puede comprender cómo podía bastar un hombre solo á tantas maravillas. Alimentaba continuamente al pueblo con el pan de la divina palabra;

quitaba la máscara al error y le confundía con su doctrina; era el alma de todos los Concilios; proveía todas las iglesias del mundo en sus necesidades; detenía con sola su presencia los ejércitos de los bárbaros; desarmaba con su elocuencia la ferocidad de los más fieros conquistadores; restituía con su tesón la disciplina eclesiástica á su antiguo vigor; hacía florecer con su vigilancia la piedad cristiana hasta en los más remotos ángulos de toda la Cristiandad.

El fue el primer Pontífice que dejó á la Iglesia un cuerpo de obras seguido. Tenemos de San León ciento noventa y seis sermones sobre las principales fiestas del año; ciento cuarenta y una cartas que explican con precisión, con elocuencia y con maravillosa claridad la mayor parte de los misterios de la Religión, las cuales principalmente dan á conocer el carácter de este gran Papa; pero con aquella magnanimidad de corazón, con aquella elevada y vastísima comprensión, con aquella universalidad de talentos, quizá no habrá habido en el mundo hombre más humilde. Basta leer los sermones que hacía todos los años en el día aniversario de su consagración, para juzgar si es posible unir mayor santidad ni mayor mérito con humildad más profunda.

Después del saqueo de los vándalos renovó toda la plata en todas las iglesias de Roma; reparó las basílicas de San Pedro y de San Pablo; estableció capellanes en los sepulcros de los santos Apóstoles; enriqueció las iglesias antiguas, y erigió otras nuevas. En fin, después de veintiún años de pontificado, aquel Papa, verdaderamente grande, azote de los herejes, padre de los pobres, luz del mundo cristiano, admiración de todo el Universo y ornamento de la Silla Apostólica, consumido de los trabajos y de las penitencias, y colmado de merecimientos y de gloria, fue á recibir en el Cielo, del Padre de las misericordias, el premio que estaba

preparado á su eminentísima virtud. Murió en Roma el día 11 de Abril del año, á lo que se cree, de 461, hacia los sesenta de su edad, poco más ó menos, dejando la Iglesia del Señor en un estado muy floreciente. Lloráronle todas las iglesias del mundo; pero lloróle muy particularmente Roma, que no solamente le veneraba como á su pastor y como á su libertador, sino también como á su padre. Fue depositado y enterrado su cuerpo con solemne pompa en la basílica de San Pedro; y su culto, comenzó á celebrarse desde el sexto siglo en la universal Iglesia, así latina como griega.

La Misa es en honor del Santo Papa, y la oración la que sigue:

Suplicámoste, Señor, que oigas benignamente las súplicas que te hacemos en la festividad del bienaventurado León, tu confesor y pontífice, y que nos perdones nuestros pecados por los merecimientos de aquel que mereció servirte dignamente. Por Nuestro Señor Jesucristo, etc.

La Epístola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduría.

He aquí un sacerdote grande, que en sus días agradó á Dios, y fue hallado justo y en el tiempo de la cólera se hizo la reconciliación. No se halló semejante á él en la observancia de la ley del Altísimo. Por eso el Señor con juramento le hizo celebre en su pueblo. Dióle la bendición de todas las gentes, y confirmó en su cabeza su testamento. Le reconoció por sus bendiciones, y le conservó su misericordia, y halló gracia en los ojos del Señor. Engrandecióle en presencia de los reyes, y le dio la corona de la gloria. Hizo con él una alianza eterna, y le dio el sumo sacerdocio, y le colmó de gloria para que ejerciese el sacerdocio y fuese alabado su nombre, y le ofreciese incienso digno de él, en olor de suavidad.

REFLEXIONES

Este es aquel gran sacerdote, que agradó á Dios mientras vivió y fue hallado justo. Sólo se agrada á Dios sirviéndole y caminando delante de sus divinos ojos por las derechas sendas de la santidad y de la justicia. En este agradar á Dios consiste la verdadera grandeza, el mérito más real, la más sólida felicidad, como se explica el Espíritu Santo: *Esto es ser hombre*. Agradar á los grandes del mundo no deja de ser honra; pero, no pocas veces, más es fortuna que mérito; el genio, la simpatía, y tal vez la lisonja, pueden contribuir á inspirar la inclinación; no siempre es la virtud el primer móvil de la benevolencia. Cuando el agrado entra por el humor, el favor depende del capricho. Por eso suele ser ya como el destino de los favorecidos, que el favor no se conserve hasta el fin. Pero como para agradar á Dios no hay otro camino que el de la virtud y el de la religión, la amistad de Dios es prueba infalible y medida segura del verdadero mérito. Agradar á Dios es poseer todo lo que hace á un hombre verdaderamente respetable. Agradar á Dios es estar en su gracia, y es lograr uno cuanto ha menester para no necesitar del favor de los hombres, porque la amistad de Dios vale por todo. ¿Qué pueden contra un hombre amado y protegido de Dios todas las desgracias, todos los contratiempos, todos los reveses de la vida? ¿Qué puede contra él toda la malignidad de los hombres? Todo esto sirve para aumentar su fervor y para que crezca su mérito en la estimación de Dios. ¿Qué objeto más digno de nuestra ambición, ni qué ambición más fácil de contentarse y de satisfacerse?

Esos ricos comerciantes, esos hombres de corte, esas gentes de negocios, esas mujeres de mundo, esas personas tan poco cristianas á quienes la ambición, el interés, el amor á los deleites y todas las demás pasiones van dominando como por turno y sucesivamente, menos

cuando todas juntas las dominan, ¿se ocupan mucho en el deseo, en el ansia de agradar á Dios, dándoseles tan poco ó tan nada por desagradarle?

El Evangelio es del cap. 16 de San Mateo.

En aquel tiempo vino Jesús á tierra de Cesárea de Filipo, y preguntaba á sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y ellos dijeron: Unos que es Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías, ó alguno de los profetas. Díjoles Jesús: Y ¿vosotros quién decís que soy? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y respondiendo Jesús, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque ni la carne ni la sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los Cielos. Y Yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del Reino de los Cielos; y todo lo que atares sobre la Tierra será atado también en los Cielos; y todo lo que desatares sobre la Tierra será desatado también en los Cielos.

MEDITACIÓN

Del rendimiento de nuestro juicio á la Iglesia.

PUNTO PRIMERO. — Considera que así como fuera de la Iglesia no hay salvación, así tampoco hay verdadera fe sin el rendimiento á ella. Siendo la Iglesia la única depositaria de las verdades de la religión y del espíritu de Jesucristo, el que no la escucha debe ser tenido por publicano, y en cierta manera como idólatra. Sus preceptos son leyes, sus reglas son decretos, sus decisiones son oráculos. Resistirse á obedecerla, es amotinarse contra Dios. No se da paso fuera de su aprisco que no sea un riesgo y un precipicio.

Esta Iglesia tan divina en su origen, tan sobrenatural en sus dogmas, tan santa en sus máximas, tan respetable en todas sus leyes, no es otra que la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, fundada por Jesucristo, extendida en todo el Universo por los Apóstoles, cimentada, por decirlo así, con la sangre de más de diez y ocho millones de mártires, ilustrada con las brillantes virtudes de tantos santos, á la cual privativa y únicamente dejó Cristo su espíritu; la cual sola no teme al Infierno, y en sola la cual se hallan y se pueden hallar los verdaderos fieles. ¡Qué dicha! ¡Qué beneficio haber nacido en su seno!

Volvamos los ojos á esa confusa multitud de sectas, en las cuales no hay más que un fantasmón de Iglesia, una máscara de religión, una ley orgullosa, extravagante, quimérica y de capricho, obra de la indocilidad del espíritu humano y digno fruto de la falta de rendimiento y de sujeción á la Iglesia. Ninguno se hizo jamás sordo á sus voces que al punto no se hiciese también ciego. No se hace mudo, pero parece que sólo sabe hablar para hacer notorio á todos cuánto, se ha descaminado. ¡Oh, qué digno de compasión es el hombre abandonado á su propia razón ó á su orgullo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que estando fundado el motivo de nuestro rendimiento á la Iglesia en el Espíritu Santo que la anima y en su infalibilidad, debe ser universal y humilde este rendimiento.

El resistirse á obedecerla siempre es orgullo. Conformarse con unas decisiones y oponerse á otras, es erigir un tribunal superior al suyo; es hacerse juez de las sentencias y de los decretos del mismo Dios. La autoridad de la Iglesia no es arbitraria; no está fundada ni en el consentimiento de los pueblos ni en la política; no tuvo parte en su institución la prudencia de los hombres: Dios es el que habla; Dios es el que todo lo arregla y todo lo

dispone por el órgano de su divino espíritu. ¡Con qué rendimiento se debe obedecer á todo lo que manda Dios! Sacrificarle no más que una especie de rendimiento parcial, es despreciar formalmente su divina autoridad. El amor propio, de concierto con el entendimiento humano, son los que entresacan de la multitud de leyes de la Iglesia aquellas que son más de su gusto y que más les acomodan.

¿Qué remordimiento ha sido hasta ahora el mío á las decisiones de esta común Madre de los fieles? ¿He sujetado mi entendimiento á todas sus decisiones y he rendido mi corazón á todas sus máximas? Muchas reflexiones puedo hacer aquí sobre mi indocilidad y sobre mi presunción, y acaso encontraré muchos motivos para el dolor y para el arrepentimiento. Dignaos, Señor, de aumentar mi fe, aumentando mi rendida sujeción á vuestra Santa Iglesia; y pues lo que debo creer es regla de lo que debo obrar, haced que mis costumbres sean en adelante la prueba más evidente de mi fe.

JACULATORIAS

Señor, auméntanos la fe.—*Luc, 7.*

Un corazón dócil, Dios mío, un corazón dócil.—III *Reg., 3.*

PROPÓSITOS

1. El espíritu de error no es fácil que se sujete á la Iglesia. Jesucristo es la misma verdad, es vida y es camino. El carácter de la herejía es engañar, descaminar y perder. No quiere el hereje sujetarse al espíritu de Dios, porque sólo quiere seguir su propio espíritu: á éste sólo consulta, y de aquí nace su rebelión, su obstinación y sus descaminos. La oveja que se aparta del rebaño,

presto se pierde y tarda poco en ser despedazada. No sólo es la herejía escuela del error, es lo también de todos los vicios. Griten ó hablen de reforma los herejes todo lo que quisieren; cúbranse con la piel de ovejas; pidan prestado á la hipocresía el traje, los modales y la exterioridad de penitencia, de austeridad y de estrechez, dura poco la comedia, y, aun mientras ella dura, sólo pueden engañar á los estúpidos ó á los simples. En materia de religión, siempre que se descamina el espíritu es en favor de la carne. De toda secta es como fruto natural el desorden, la disolución y la más brutal lascivia. ¿Qué mucho que unos hombres ciegos tropiecen y caigan al suelo? Pero isi estos tropiezos sirvieran siquiera para que abriesen los ojos! Mas ioh, y qué inútilmente se declama contra el error cuando el entendimiento y el corazón van á una!

2. Fuera de estas virtudes generales, observa las advertencias siguientes. Primera: Luego que tengas noticia de que algún libro está legítimamente prohibido y condenado, ora sea por errado en la doctrina, ora por pernicioso á las costumbres, mírale con horror. No sólo no le has de tener en tu poder, sino que has de celar con la mayor vigilancia que tus hijos, tus criados y dependientes no le lean, porque serás reo de su desobediencia. Segunda: Jamás permitas que se dispute, arguya ni defienda en tu presencia cosa que esté condenada, aunque sea por diversión, aunque sea en chanza, aunque sea con el especioso pretexto de querer instruirse bien en la doctrina verdadera. Tercera: Imponte una inviolable ley de no leer jamás libro alguno sospechoso, sea en orden á las costumbres, sea en orden á la doctrina. Es ésta una materia tan importante, que, por grande delicadeza de conciencia que se observe en ella, nunca será excesiva. El veneno más sutil no es el menos temible, y, á la menor sospecha de contagio, todos se previenen con preservativos.